

Pasión y crímenes en la Viena de Klimt

Carla Montero novela el desprecio y el maltrato a las modelos, usadas como «juguetes sexuales» por genios del arte



MIGUEL LORENCI

VIENA. El fulgor intelectual y el oprobio criminal convivían en Viena hacia 1900. Freud articulaba el psicoanálisis, Schönberg la música atonal, Otto Wagner racionalizaba la arquitectura y el modernismo y Klimt y la Secession volteaban el guante de la pintura en la capital con la mayor concentración de burdeles y asesinatos de Europa. Se sucedían crímenes horribles que empalidecían los de Jack el Destripador. Entre la sensualidad y el boato de la ópera y los vales, la sordidez de los más brutales asesinatos y las salas de autopsias se mueve 'La piel dorada' (Plaza & Janés). Es la tercera novela de Carla Montero (Madrid, 1973), que tras la 'Tabla esmeralda' vuelve a tirar del hilo del arte para desentrañar un mundo desconocido y fascinante, el de las modelos de los grandes pintores sin las que el arte de Klimt, Egon Schiele y tantos otros genios –«que las usaron y despreciaron»– no hubiera alcanzado escala universal.



LA PIEL DORADA

Autor: Carla Montero. Estilo: Novela. Editorial: Plaza & Janés. 400 páginas. España, 2014. Precio: 19,90 euros.

«Maltratadas y utilizadas como meros objetos, fueron una mera herramienta de inspiración y hasta juguetes sexuales», explica Montero ante el edificio de la Mariahilfer Strasse que albergó el taller de Emilie Flöge, diseñadora y amante 'oficial' de Gustav Klimt, «pintor genial pero un ser abominable en su trato con la infinitud de mujeres a la que pintó». «Se acostaba con todas y las abandonaba a su suerte con unos hijos que no reconocía», explica la escritora en un paseo por los escenarios vieneses de una novela «entre la intriga criminal y la pasión».

«No es una novela negra», aclara Montero ante deliciosas porciones de tarta Sacher y Apfelstrudel en el centenario café Landtmann. Se inspiró en Klimt para crear a Aldous Lupu, un pivote de esta historia truculenta y esperanzada que derriba clichés. Discurre entre la pompa de los salones de la decadente aristocracia vienesa, el 'foyer' de la Staatsoper y la Musikverein, los estudios de pintores geniales y los depravados tugurios donde la sífilis y otros males venéreos se agazapan entre cuerpos sudorosos, vaharadas de alcohol y un humo denso y pegajoso como la pez.

Todo se disparó en la cabeza de la autora en una visita al Prado. Cedido



La escritora Carla Montero, en un jardín vienés. :: ASÍS GONZÁLEZ AYERBE

por el museo Pushkin se exhibía 'La acróbata de la bola', joya de la picasiana época azul pintada en 1905. «¿Quién era la joven equilibrista? ¿Por qué se acercó a Picasso? ¿La escogió él? ¿Cuántas como ellas hubo en París y en la Viena 'fin de siècle'?». Las pesquisas condujeron a Montero a la ciudad del Danubio y el Prater. La pujante Viena de Sigmund Freud, Arthur Schnitzler, Otto Wagner, Richard Strauss, Gustav Mahler y la seductora Alma atrajo a las mentes más privilegiadas de su tiempo, de la tortura-

da familia Wittgenstein y un sinfín de disparejos genios como el criminólogo Hans Gross, «que se mezclaban en salones y cafés intercambiaba saberes». «Las modelos se desnudaban para los pintores en una sociedad tan reprimida como perversa».

¿Era por mera supervivencia, por afán de protagonismo o para entrar en el mundo y la cama de los artistas sin ser tenidas por prostitutas?», plantea Montero. Ató cabos ante los frescos de Klimt para el 'Friso de Beethoven' en el pabellón de la Secession,

en el Belvedere que alberga 'El beso', la sensual e icónica pintura que define una época, junto a las obras de Schiele del museo Leopold, en los cafés que conservan algo del aquel aire entre lujurioso y canalla, y el Ring, la imponente avenida que, a punto de cumplir 150 años, dio alas y prestancia a la capital imperial. Pero entre tanto brillo emergió una Viena «tenebrosa y apasionante».

«Desde antes del Renacimiento, las modelos son cruciales para el arte. ¿Qué sería de 'El nacimiento de Venus' y todo Botticelli sin Simonetta Vespucci? El 'Almuerzo sobre la hierba' de Manet no sería nada sin Victorine Murent, o la pintura prerrafaelita no existiría sin modelos». «Pero son seres anónimos y olvidados. Lo poco que sabemos de ellas es a través de terceros, por los artistas, que las querían sumisas y calladas, que las despreciaban aunque tuvieran la llave de la magia de su lienzo». «Las atacaba por libertinas y amorales una cínica sociedad que trataría de salvarlas, pero nadie les dio voz. Tampoco ellas, de modo que la novela se la otorga en cierta manera».

Recrea una serie de asesinatos tan cruentos como inexplicables de hermosas modelos de dudosa reputación ligadas a 'La Maison des Manequins', creada por la enigmática y bellísima Inés, sobre la que recaerán todas las sospechas. Será el pionero detective Kasl Sehlackman quien desentrañe la madeja. «Las técnicas que hoy aplican los CSI las creó Hans Gross, padre de la criminalística y tan brillante en su campo como Freud, Klimt o Wittgenstein en los suyos», concluye Montero.

Hace pocos días me entró un correo electrónico en el que una señora me comentaba que el artículo de «la muerte dignifica» publicado el sábado 25 de enero en el diario HOY le había gustado mucho y me pedía que escribiera uno sobre los familiares de los que han fallecido. También me contaba el proceso de cáncer y de muerte de su marido que obvió por respeto a su dolor y a su intimidad. Terminaba dándome las gracias y disculpándose por su atrevimiento, a lo que le respondí que lo intentaría y le daba las gracias porque, para mí, sus palabras son un agradable reconocimiento.

A una determinada edad comenzamos a tener experiencias de despedidas de seres queridos y conocidos, de tanatorios, de velatorios, de pésames que, a la vez, nos reconfortan porque nos sentimos acom-

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ CHAVERO
PSICÓLOGO CLÍNICO

DESPEDIDAS DE MUERTES

pañados en esos momentos de desconcierto en el dolor. La muerte nos deja perplejos aunque fuese esperada, lo que nos temíamos se hace realidad y llega esa sensación desgarradora de que se ha terminado una etapa y se inicia otra en la que ya no tendremos sus palabras, ni sus caricias, ni su presencia. Decimos adiós a infinitas vivencias, a reflexiones compartidas, a desencuentros solucionados desde el amor y a tantos sentimientos y emociones que son imposibles de describir.

Te quedas con ese dolor indescriptible, con la sacudida del abandono y con la incertidumbre de su destino. Creemos que en esa nueva etapa es feliz y goza del encuentro con el Dios de la vida y con los familiares y amigos que le precedieron pero no tenemos la certeza necesaria para afrontar esa triste y sufriente despedida.

Es costumbre preguntar la edad de la persona fallecida en un intento de justificar nuestra naturaleza finita en el tiempo y en el espacio. Si hay una cierta escala según sea la

persona que muere, no en cuanto al dolor, sí en el desconcierto e impotencia. Y esa macabra lista la encabeza la muerte del hijo que se llevó en el vientre durante nueve largos meses, con el que se fantaseó y se proyectaron innumerables fantasías e ilusiones, con el que se vivió en el cuidado y en el amor. La muerte del marido, de la mujer, de la compañera de días y amores correspondidos, de hijos compartidos, de alegrías y también de algunas penas y como me decía una mujer al enterrar al marido, cuando llevamos tantos años juntos deberíamos morir el mismo día. La muerte de los padres te deja sumido en la más absoluta sensación de orfandad, de pérdida de referencia, como si hubieses perdido no solo a un padre o a una madre, sino al ser que aglutina y da sentido a la familia, y te deja al frente de los que

tendrán que afrontar directamente su propio fin. La muerte del hermano está plagada de profundos sentimientos y recuerdos, de complicidades que se pierden en la nebulosa del tiempo y la del abuelo rezuma lágrimas y cuentos preciosos sobre estrellas que nos iluminan desde el cielo.

Decimos que el tiempo cicatriza las heridas, pero no es cierto porque no hablamos de un suceso que tenga marcha atrás o cicatrizado posible. Lo que el tiempo torpemente testifica es que las vidas se van cubriendo de necesidades, inquietudes, agobios... que desplazan de la primera línea de atención el dolor de la falta. El vivir desenfoca la ausencia, no soluciona nada aunque sí nos ahorra penas y suspiros. Le dedico estas líneas a todas las personas que hemos querido y queremos y ya no están con nosotros.

creaerte

crearparacreer

927 180 160 DESDE 1992
PUBLICIDAD • MULTIMEDIA

Síguenos en
nuestro blog

LIVE!

www.creaerte.com/live